

La bibliografía es amplia y reciente, un hecho que merece un agradecimiento por parte de todos los estudiosos de la literatura sapiencial hebrea. El Índice Bíblico es útil y constituye una ayuda valiosa para la localización de los textos.

M. GIESLER

Eugen RUCKSTUHL, Josef PFAMMATTER, *La resurrección de Jesucristo. El hecho. La fe.* Madrid (Ed. Fax), 1973, 202 págs.

Los autores exponen el objetivo de su trabajo con estas palabras: "El cristianismo está sometido hoy a una polémica que pone en tela de juicio aún sus mismos fundamentos. Nadie puede sustraerse a ella. Y aunque los especialistas puedan manejar solos el timón a través del caos de opiniones, la mayoría de los cristianos no pueden prescindir de un piloto que los conduzca a la orilla en la que puedan echar el ancla como creyentes. Este libro es ese piloto". Así pues, nos encontramos ante un libro cuya finalidad es orientar con seguridad hasta la orilla de la fe al supuesto lector desorientado. El tema —la resurrección de Jesucristo—, y el objetivo seriamente profesado y del que se deriva una notable coherencia en el entramado de las cuestiones tratadas, merecen un estudio detenido.

El libro viene dividido en los siguientes capítulos: I. La resurrección según el testimonio de Pablo I Cor 15, 1-11; II. Las narraciones de la Pascua en los Evangelios; III. El acontecimiento salvífico de la resurrección de Jesús y las apariciones del resucitado; IV. Lugar e importancia de la resurrección de Cristo en la Iglesia primitiva; V. Resurrección, exaltación y ascensión de Jesús. El desarrollo de la fe pascual en la época apostólica; VI. Resurrección de Cristo, resurrección de los cristianos y consumación de la historia salvífica en la perspectiva paulina.

Puede decirse que el capítulo III es el eje de todo el libro. Si la finalidad de su elaboración consistía en servir de piloto al cristiano desorientado en un tema nuclear de la Fe, en este capítulo se describen las posiciones que más preocupan y cuya refutación ordena todo lo escrito: Rudolf Bultmann y Willi Marxsen. Por eso es de suma importancia observar cómo son captadas y expuestas estas posturas típicamente protestantes por nuestros autores, que las sitúan bajo el epígrafe *Negación de este acontecimiento y cambio en su interpretación hoy día.*



Para Bultmann “este suceso no es histórico (historisch), y no puede serlo... es y sigue siendo imposible que un cadáver vuelva a la vida... Es increíble y *mítico* cuando se nos cuenta que Jesús después de su muerte ha resucitado real y corporalmente y que se ha aparecido a sus discípulos... La resurrección de Cristo fue *la acción escatológica de Dios* que aconteció en Jesús *en y con la muerte de cruz*, cuando en ella le fue arrebatado a la muerte su poder... La resurrección de Cristo aconteció también en los discípulos cuando conocieron y reconocieron esta acción de Dios en la cruz. *Y acontece dondequiera que la cruz se predique como el acontecimiento de nuestra salvación y suscite la fe...* La resurrección de Jesús, según la entiende Bultmann, no es la prueba milagrosa de que Dios ha obrado en Jesús por la muerte de cruz... *¿En qué se apoya entonces esta fe, si no puede apoyarse en el milagro de la resurrección corporal de Jesús? Bultmann responde: no se apoya en nada.* No puede y no debe apoyarse en un hecho histórico para hacerse más firme. Si no, sería un hacer meramente humano y no un don escatológico de Dios. La fe auténtica es insegura, es un riesgo que no tiene punto de apoyo en el mundo. Nace de la palabra de Dios, *que no puede demostrarse que es tal*” (pp. 67-69).

Pocas líneas más vienen dedicadas a la exposición del pensamiento de Bultmann. En las citadas, se revela el interés del prof. Ruckstuhl por ir al subsuelo sobre el que apoya Bultmann su teoría de la resurrección de Cristo. Y este subsuelo es eminentemente filosófico: una decimonónica afirmación dogmática de la imposibilidad del milagro; un equivocismo, que no puede menos de recordar las posiciones nominalistas del medioevo, unido a un romántico fideísmo: no sólo no tienen nada que ver fe y razón, sino que el riesgo de la fe ha de ser tal que ni siquiera la palabra de Dios “pueda demostrarse que es tal”; y, finalmente, una exaltación de la *sola fides* hasta el punto que esta fe no sólo no venga acompañada de obras, sino que “tampoco se apoye en nada”. Desde esta previa posición se llama a las visiones de los Apóstoles “visiones psicógenas” (p. 71), y, aunque se reconozca “que Pablo en I Cor 15, 3-8, quiere poner en seguro que el milagro de la resurrección es un acontecimiento histórico, enumerando a los testigos oculares”, se concluye “que eso es un error fatal” (p. 75), y se afirma insistentemente que “la fe en la Resurrección no es otra cosa que la fe en la cruz como acontecimiento salvífico” (p. 73).

En la refutación se insiste en la posibilidad del milagro, advirtiendo que negarle a Dios la posibilidad de actuar milagrosamente "sólo puede ser un producto del pensamiento mítico" (p. 70), y se afirma que el cambio de los discípulos contemplado históricamente no tiene explicación sin un milagro. Es necesario reconocer que de hecho existieron apariciones del Resucitado a los Apóstoles, así como queda claro por la crítica textual que desde el comienzo se distinguió cuidadosamente entre la muerte y la resurrección de Jesús.

La posición de Willi Marxsen viene descrita en estos términos: la resurrección de Jesús no puede llamarse acontecimiento, "ya que sólo puede llamarse acontecimiento al que sea comprobable por medios históricos... históricamente comprobable es solamente el testimonio de los discípulos de haber visto a Jesús vivo... La resurrección de Jesús para los testigos que le vieron y para la Iglesia primitiva era el resultado de un sistema lógico de conclusión... un *interpretament*... La resurrección de Jesús fue sólo un convencimiento personal de los testigos que le vieron, no fue ni acontecimiento ni realidad... Supone una enseñanza del hombre que hoy no compartimos... Pero en donde la resurrección de Jesús se quiera hacer el centro de la predicación y se quiera glorificar al resucitado como persona, esto se convierte en obstáculo de la fe y cierra el camino al Dios venidero y a la salvación" (pp. 78-80).

Realmente, desde la desnuda honestidad histórica, resulta difícil calificar de cristianos estos presupuestos, si ya hasta la misma persona de Jesús deviene opaca y obstáculo para la salvación de los hombres. La refutación de Ruckstuhl muestra, entre otras cosas, la necesidad de la resurrección de Cristo, ya que "de lo contrario, Dios habría desvalorizado y revocado la encarnación del Hijo" (p. 90), que desde la primera predicación se anunció como hecho salvífico la resurrección de Jesús, y, naturalmente, subraya el hecho del sepulcro vacío.

Con estas posiciones en el trasfondo de cada una de sus palabras, los Autores desarrollan una lúcida defensa de la resurrección de Cristo por los cauces a que la crítica histórico-literaria nos tiene acostumbrados, haciendo hincapié en que las principales afirmaciones contenidas en el Nuevo Testamento son confesiones de fe. "También hoy, leemos en la página 64, es posible aún vivir con las piadosas mujeres el conmovedor suceso del sepulcro y, con la fe pascual, encontrar en el sepulcro al Resucitado. No debiéramos dejar que nos

arrebaten ni se marchite esta capacidad de religiosa intuición, sino empeñar todo para iniciar también a los jóvenes y adolescentes en esta plenitud viva e interior de la fe. Estemos vigilantes frente al peligro de un raciocinio puramente crítico y carente de espíritu”.

Era de esperar que la exposición del pensamiento de Bultmann y Willi Marxsen, así como las últimas palabras citadas, nos hubiesen proporcionado una obra de amplias proporciones, plena de matices y puntos de vista, con algo más que raciocinios puramente críticos, y llena de espíritu. Si es verdad que la fe no puede peligrar por la crítica histórico-literaria, que será siempre auxiliar valioso, también lo es el que nunca podrá ser expuesta en sus justas proporciones si esta técnica ocupa el lugar principal y, a veces exclusivo, cuando al fin y al cabo no es más que un instrumento. El estudio exclusivo xime cuando este estudio no puede ser jamás aséptico: quien utiliza el instrumento en la exégesis debe vencer la tentación de poner al alcance de su conocimiento —de achicarlo hasta poder dominarlo— el contenido del texto, y no olvidarse, en el caso de la Palabra de Dios, de la teología de la inspiración. Nuestros Autores, en cambio, a más de ignorar la ya larga Tradición exegética, presente en la Iglesia desde los primeros tiempos, —no encontramos una sola cita—, desarrollan toda su exposición a la exclusiva luz de su teoría histórico-crítica, cosa que necesariamente les lleva a afirmaciones muy subjetivas.

Vengamos a unos ejemplos: “Los datos contradictorios sobre los ángeles y su cometido en las cuatro narraciones pascales, despiertan ya dudas acerca de la historicidad de su aparición... Históricamente improbable es también la historia de Mateo sobre la *guardia del sepulcro*. Es casi inconcebible que los príncipes de los sacerdotes supieran algo sobre un vaticinio de la Resurrección de Jesús, cuando Jesús incluso a sus discípulos sólo les había insinuado probablemente que esperaba un cambio en el destino de su muerte por obra de Dios... La finalidad es rechazar la calumnia de los judíos, según la cual el sepulcro estaba vacío porque habían robado el cadáver, y de este modo defender la explicación cristiana del sepulcro vacío” (pp. 54-55). “Las cuatro narraciones del sepulcro vacío acusan rasgos y características que apenas pueden estimarse como históricos: por ejemplo, formas de descripción apocalípticas (aparición de ángeles y terremotos), elementos de in-

terpretación y meras estructuras narrativas. Pero esto no excluye que exista un *núcleo histórico*" (p. 58).

El *a priori* es evidente y excede el estudio del texto. Para llegar a esta conclusión ha sido necesario antes "imaginarse" que eso era imposible, "imaginarse" lo que sabían los sacerdotes judíos y su reacción, así como la existencia de la calumnia del robo del cadáver como desencadenante de la predicación del sepulcro vacío por parte de los Apóstoles. A la gratuita afirmación de Bultmann en torno a la imposibilidad del milagro, sigue la gratuita afirmación de que la aparición de los ángeles es imposible, y por tanto inventada, tomándole prestadas sus imágenes al Antiguo Testamento, sin percatarse de otra dificultad literaria: cómo justificar la imaginación de los Apóstoles. Pienso, p. ej., en lo que se afirma de la Ascensión: "Aquí Lucas, de hecho, arregla la realidad artificiosamente a favor de su esquema histórico salvífico: tiempo de Jesús / tiempo de la Iglesia / tiempo de la consumación" (pp. 171-172). "Con esta nueva interpretación no se proponía Lucas quitar valor a la Resurrección y exaltación de Jesús... Se trataba para él, al comienzo de los Hechos de los Apóstoles, únicamente de realizar una nueva idea que de ninguna manera era incompatible con el anterior pensamiento de la exaltación, y para ello empleó recursos descriptivos y expresiones tomados de la tradición. Este procedimiento literario se podría entender bien aun cuando Lucas no hubiera conocido *ningún dato histórico* de la tradición sobre una ascensión *visible* de Jesús al cielo con ocasión de sus últimas apariciones" (p. 174).

Además de que siempre se habla de *tradiciones* en forma anónima, olvidando que están aún vivos los testigos de Jesús, que están aún predicando oralmente como fuentes de la Tradición, el lector no puede imaginarse a Lucas vestido al mismo tiempo con vestiduras del siglo I y con la toga vigésimonónica del profesor que reinterpreta los datos de la tradición, afirmando, si hace falta, que crucifixión y resurrección son el mismo hecho, o que I Cor 15, 3-8 fue un error fatal de Pablo.

El libro, de evidente carácter apologético, tiene, a mi parecer, lagunas insoslayables. Pretende entender los Evangelios exclusivamente desde una crítica histórico-literaria pura, sin tener presente que esa crítica pura encontrará patentes dificultades en la armonización de los relatos, dificultades conocidas por S. Agustín, S. Jerónimo o cualquiera de los Padres, y solucionadas en forma diversa, y que de las innumerables



soluciones posibles, el crítico puro escogerá aquella que más concuerde con su posición exegética previa y con su concepto de inspiración. Por ello, llama la atención la ausencia total de citas de la tradición. Si la sola crítica envuelve ya una pobreza considerable en el acceso al texto, la falta de atención a la teología y a la exégesis de veinte siglos, además de empobrecer la misma crítica, facilita al exegeta encontrar una solución nueva, pero al mismo tiempo, le expone a que esta solución, además de no coincidir con la realidad, sea apriorística.

Ineludiblemente, al supuesto lector desconcertado, a quien va dirigido el libro, si es católico, no podrá menos de parecerle contradictorio, a pesar de su censura eclesíastica. No tiene sentido defender la historicidad del acontecimiento de la resurrección, mientras al mismo tiempo se dice que muchos de los relatos evangélicos referentes a la resurrección y a las apariciones, como por ejemplo la aparición de los ángeles, eran imposibles y son por tanto inventados, o se nos presenta a Lucas creando el hecho de la Ascensión.

L.-F. MATEO SECO

HADWIGA HOERNER, *Auctorum incertorum, vulgo Basilii vel Gregorii Nysseni, sermones De creatione hominis, sermo De paradiso*, en *Gregorii Nysseni opera, Supplementum*, Leiden, Brill, 1972.

La monumental edición crítica de las obras de Gregorio de Nisa, emprendida por Werner Jaeger y Hermann Langerbeck, prosigue su marcha bajo la dirección del prof. H. Dörrie. Los estudiosos, que siguen de cerca esta edición, saben que la muerte de los llorados maestros no la ha hecho decaer. Es ésta quizá la alabanza que más estimen quienes continúan esta meritoria labor, y que merecen en toda justicia.

En el presente volumen, se ofrecen como suplemento sermones atribuidos en el medioevo a S. Basilio o a S. Gregorio de Nisa, recogidos, como se afirma en el prólogo, "ne Gregorianae memoriae vestigia, licet sint oblivione fere obruta, neglegerentur", y editados bajo el cuidado de Hadwiga Hörner. Comprende tres obras: dos sermones *De creatione hominis* y una homilía *De paradiso*.